

Recuerdos que no se adentrarán
dócilmente en esa dulce noche...

MARTA CIUDAD

*Las fobias se diferencian del miedo común
por las siguientes tres condiciones:*

- Son miedos irracionales y extremos.*
- Son persistentes durante un lapso de
tiempo prolongado, que puede durar muchos
años o toda la vida de una persona.*
- Indefectiblemente impulsan a quien la sufre
a escapar, a huir, a alejarse de aquello que las
provoca, realizando lo que se conoce como
“conductas evitativas o de evitación”.*

*Dr. Oscar Carrión, Dr. Gustavo Bustamante,
Ataques de pánico y trastornos de fobia y ansiedad.*

UNO

... pasé una pierna por encima de las suyas y comencé a besarle la mejilla, el lóbulo de la oreja, bajando por el cuello, mientras mis manos desabrochaban su cinturón y el botón de sus pantalones y se colaban por dentro de...

Dejé escapar un suspiro y mis ojos abandonaron la pantalla de mi portátil. El viento no dejaba de jugar con la lluvia, arrojando gota tras gota contra los cristales de las ventanas, implacable, incansable. Podía escuchar gotas estrellándose contra la piedra de los muros exteriores, muchas otras tropezando con la pizarra del tejado, escurriendo por sus empinadas pendientes hasta que el alero llegaba a su fin, regresando entonces al caprichoso abrazo del viento. Podía escucharlas fragmentándose en mil diminutas gotitas al aterrizar contra el suelo de madera del porche. El aullido del vendaval las acompañaba, jamás permitiendo decaer al ritmo, introduciendo súbitas variantes e inesperados acordes, dúo perfecto de percusión y viento. Las vigas de madera se lamentaban entre estoicos crujidos y los cristales temblaban en sus marcos ante el envite del temporal. Más allá de aquellas paredes, los troncos más jóvenes se vencían ante el poder de la tormenta, las ramas

y hojas de los más recios bailaban a su son, con violencia, con brusquedad. Imposible apreciar los sonidos animales tan habituales por allí arriba. El aullido del lobo, el ulular de la lechuza, las sigilosas pisadas de un zorro. Ni siquiera ellos se atrevían a salir con aquel tiempo. Y lo que a ellos les susurraba su instinto, bien podía valer para mí. Solo que, en realidad, no era mi instinto, ni el de ellos, lo que me había mantenido encerrada en casa los últimos tres días, sino mi miedo. Un miedo brutal e irracional, aferrado a las raíces mismas de mi alma. Un miedo que, de permitírsele, me retorcería las entrañas y abriría la puerta a la angustia más pura. Únicamente toneladas de fuerza de voluntad e incontables años de práctica lo mantenían bajo control, reduciéndolo a desasosiego y piel de gallina. Todavía ahora podía sentirlo, agazapado dentro de mí, a la espera de un momento de descuido, una muestra de debilidad, para asomar su horrible cabeza y adueñarse de mi ser.

Inspiré con deliberada lentitud y acabé lo que quedaba de brandy en la copa. Sentí la estela de llamas que el líquido ambarino dejó a su paso, a lo largo de mi garganta y más abajo, el calor que se extendió por mi estómago. Cerré los ojos e imaginé ese calor propagándose por todo mi cuerpo, calmando mis terminaciones nerviosas, apaciguando mi inquietud. Volví a abrir los ojos al cabo de un par de frustrantes segundos. No sé ni para qué me molestaba. Como si alguna vez mi cuerpo me hubiera hecho caso. Mi frustración aumentó al recuperar mi entorno forma y color. Delante de mis narices la pantalla de mi ordenador. La misma maldita página de aquella mañana. Y de la tarde anterior. Seis escuetas líneas en ella. Por mucho que

intentaba concentrarme, estrujándome los sesos y entornando los ojos, no conseguía que el cursor avanzara lo más mínimo. Generalmente, mis dedos apenas lograban mantener el paso de mi loca imaginación, volando sobre el teclado. Hoy descansaban sobre las teclas como peces sobre hielo de puesto de pescadería, la de borrado aparentemente la única con algo de atractivo para ellos. Un relámpago atrajo mi mirada hacia la oscuridad tras los cristales, el trueno subsiguiente haciendo temblar al mismo suelo, la madera bajo mis pies y la roca bajo ella. Mi mente apenas parpadeó ante él. Casi ni lo registró. No era el rugido del trueno, ni la belleza letal del relámpago, ni el aullido estremecedor del viento, lo que mantenía el vello de mis brazos erizado y los músculos de mi culo en tensión, apenas rozando la silla. No era la oscuridad ominosa, ni el caos a punto de desatarse al otro lado de la piedra, lo que me había mantenido encerrada en casa los últimos días. Ojalá fuera tan sencillo. Respeto y temor por las fuerzas de la naturaleza. Instinto de conservación. Pero no. En lo que mi mente no podía dejar de pensar, regresando a ello una y otra vez, lo que mis oídos no podían dejar de captar, y buscar, era el agua. Esas diminutas e inofensivas gotitas de agua, condensadas en su ascenso a los cielos y atraídas irremediablemente por la gravedad, de nuevo hasta nosotros. Esas gotitas, imprescindibles para el desarrollo del ciclo vital de todo ser vivo, tan preciosas y en ocasiones tan ansiadas, en mi persona no despertaban sino terror. Pánico. Miedo ciego e irracional. Las oía golpear el cristal y las imaginaba resbalando por él, juntándose unas con otras, formando ríos que, ávidos, discurrían ventana abajo. Las oía

contra la piedra y la madera, contra la roca y las hojas. No podía evitar visualizarlas dentro de mi cabeza, imágenes de ellas arrastradas por el viento, de ellas castigando mi pelo y mi cara, empapando mi ropa y resbalando por mi piel.

Me levanté y serví un poco más de brandy en el vaso vacío. Las manos me temblaban. Y eso que ahora atravesaba un buen momento. Lo tenía bajo control. Yo estaba al mando. Hubo épocas en mi vida en que no fue así. La parte oscura de mi mente surgía súbita, sofocando cualquier otra cosa, adueñándose de mi cuerpo y mi cabeza, convirtiéndome en un títere de hilos cortados, un muñeco de trapo. Podían pasar días antes de que mi mente recuperara el control, días antes de que el sonido que mis oídos captaban y las imágenes que mis ojos veían adquirieran algún sentido para mí. Manchas oscuras, huecos vacíos, salpican mis recuerdos por doquier. Siempre ha sido así. Desde que tengo uso de razón. E incluso antes. Eso dice mi madre. Que nací así. Defectuosa. Tarada. Qué gran decepción. No es que importe mucho. Hay tantas otras cosas de mí que tampoco dan la talla a los ojos de mi madre. Ni siquiera estoy segura de que considere mi aprensión a la lluvia la más imperdonable de ellas. Seguramente mi escaso metro sesenta y cinco de altura y mi generoso trasero están bastante por encima en la lista de *cosas que no perdono a Dios que mi hija no heredara de mí*. Rebeca, mi madre, es el ejemplar perfecto de mujer. Uno ochenta y dos de altura, pelo rubio y sedoso, que parece caer ingrávito sobre sus hombros y su espalda, ojos de un perfecto azul, estilizada toda ella, de cadera estrecha y cintura aún más estrecha. Ni un gramo de grasa en su

cuerpo. Ademanes cuidados, tono de voz siempre controlado, sonrisa perfectamente ensayada frente al espejo. Cualquiera diría que me recogió bajo un puente, si es que Rebeca fuera capaz de semejante alarde de humanidad. Mis ojos son de un color indefinido, probablemente grises, aunque tienden a mimetizarse con la luz que me rodea. Y sí, mi pelo es liso, pero negro, no de ese rubio precioso de radiantes mechones naturales. Y tan liso que, de hacerme una coleta, se me quedaría de punta. No hay forma de domarlo o moldearlo. Hace tiempo que di esa batalla por perdida. Ahora lo llevo corto, justo por debajo de la oreja, un poco más largo del lado izquierdo que del derecho. Oh, y por si todo esto no fuera afrenta suficiente contra los cánones clásicos de la belleza, mis generosas curvas harían el resto. No se me escapa el escalofrío que recorre la columna vertebral de Rebeca cada vez que echa un vistazo a mi generoso escote. Doy gracias por no poder observar su reacción cuando le doy la espalda y es mi trasero el que queda ante sus ojos. Probablemente las cuencas de sus globos oculares desesperen por impedirles dar el salto.

Sacudí la cabeza y obligué a mi culo a volver a sentarse en la silla, delante del portátil. Costara lo que costara, necesitaba avanzar con aquello. Tan solo me quedaban unas horas antes de tener que apretar el botón de enviar. Retrasarme no era una opción. Lo pasaba demasiado bien escribiendo aquellos artículos como para arriesgarme a poner su publicación en peligro. Era consciente de que escribir aquellas historias bien podría ser lo único de mi insulsa persona que Rebeca aprobara, y aún así nunca se lo

había contado. Lo convertiría en un espectáculo, a bombo y platillo, y yo adoraba mi tranquila y anónima existencia. No estaba hecha para cócteles y focos. Vivía en una pequeña casa en las montañas, ningún otro ser humano en varios kilómetros a la redonda, me ganaba la vida ilustrando cuentos infantiles y daba un toque extra de color a mis días escribiendo una columna quincenal para una revista de deportes. Algunos la calificarían de pornográfica. A mí me gustaba pensar en ella como sensual. Atrevida. Picante. Algo más explícita de lo que dictaba el decoro tal vez. Qué puedo decir. Hombres como los de mis historias no abundaban por aquellos lares. En realidad, bastaba con pedir que conservaran sus dientes, en sus encías, no en un vaso lleno de agua junto al lavabo, para que el número de varones elegibles se redujera drásticamente. Supongo que a mi imaginación le sobraba motivación.

Di otro sorbo al brandy mientras releía las escasas líneas que me devolvían la mirada desde la pantalla, por aquello de que, tal vez, los efluvios del alcohol me inspiraran un poco. Obligué a mi mente a dejar la tormenta en un segundo plano, llenando mi cabeza y sus recovecos con imágenes de aquel tipo duro y de mí en el coche. Su coche. Asientos de piel y penumbra. De fondo, el sonido de nuestros neumáticos dejando atrás kilómetros de asfalto. Mis labios subiendo por su cuello, la línea de su mentón. Mi mano bajando por su pecho, sus perfectos abdominales, su pierna. Sus nudillos blancos aferrados al volante, todo su cuerpo en tensión.

Me quitó las llaves de la mano, abrió la puerta y me empujó adentro. La cerró tras de sí al tiempo que tiraba de mí con fuerza, casi con brusquedad. Mi espalda golpeó contra la puerta y sus labios comenzaron a besarme con urgencia. Antes de darme cuenta, mi vestido descansaba en el suelo, junto con mi ropa interior. Con los zapatos de tacón aún puestos sus manos me obligaron a darme la vuelta, una de ellas en mi cintura, la otra subiendo hasta mi cuello, retirándome el pelo a un lado mientras sus labios y su lengua...

DOS

Mis ojos se pasearon por la abarrotada habitación, la única que aún contenía algo de valor. El personal de la empresa de mudanzas ya había vaciado el resto de la casa de objetos personales, todos ellos descansando bien embalados y etiquetados en cajas de cartón, una junto a otra, listas para empezar a acumular polvo en mi trastero. Mil pavos, unas pocas horas y todo lo que quedaba de una casa hasta entonces repleta de toda una vida de recuerdos era una cáscara vacía. Y rota. Excepto por aquella habitación. No había permitido que esos hombres pusieran un solo pie en ella. Quería hacerlo yo. Necesitaba hacerlo yo, en persona. Bruno había sido un padre para mí. El único que había conocido. Me había dado una vida cuando yo solo aspiraba a la muerte. El primero en tratarme como a una persona, en creer en mí, en esperar de mí más de lo que yo misma sabía posible. Me lo dio todo sin pedir absolutamente nada a cambio. Bueno, absolutamente nada salvo esa última promesa. Cómo no acceder, cuando sabía cuánto significaba para él que lo hiciera. Por lo que a mí respectaba, un *no* podría haber hecho jirones su paz de espíritu, haberle obligado a vagar entre nosotros los vivos sin rumbo ni final por toda la eternidad, invisible e inasequible, un infierno en

vida. O por el limbo. En cualquier caso, ni mi mente ni mis labios habían necesitado pensárselo dos veces. Ni tan siquiera una. Su cuerpo ya no era sino cenizas que habían volado al viento, depositándose sobre flores y arbustos, a lo largo y ancho de la ladera del monte que tanto nos gustaba, la misma que nos había escuchado hablar sin descanso, botella de cerveza en mano y tortilla de patatas sobre el mantel a cuadros, en incontables ocasiones. Me había dado dos días para llorar su pérdida. Bebérmela sería, tal vez, más adecuado. Y otros dos para arreglar las cosas en el trabajo. Hablar con el comisario, rellenar papeles y formularios, aceptar los pésames con la sonrisa de los compromisos y situaciones incómodas. Estaba lista para ponerme con la promesa. Para cumplirla. Cualquier otra posibilidad no era una opción.

Esquivando las pilas de carpetas que, a falta de espacio libre en la librería, habían empezado a crecer sobre la alfombra hacía ya unos cuantos años, mis pies se dirigieron a *la pared de los recuerdos*. Así la llamaba yo de pequeña. Así se llamaba desde entonces. La fotografía de su promoción en la academia. El primer evento oficial al que había acudido de uniforme, mesas redondas de blancos manteles y centros de flores en segundo plano. Su primer compañero y él, hombro con hombro, entre las abarrotadas de papeles mesas de la comisaría, la mano de Trueba palmeándole la espalda. Los dos reían. El tiempo los había convertido en grandes amigos. Los mejores. Todavía eran compañeros cuando Bruno me encontró. Habían sido convocados para limpiar uno de tantos medio en ruinas y supuestamente vacíos edificios que abundaban por el barrio,

de los menos recomendables de la ciudad, si no el peor. Solo que esos supuestamente vacíos edificios no lo estaban nunca *del todo*. Indefectiblemente, en un momento u otro, se habían convertido en nidos de trapicheos, locales de bandas, refugios para los sintecho, los *simpapeles* y los desahuciados. Aquel no se convertiría en la excepción. Desconozco qué encontraron en el resto de los pisos aquel día. Únicamente guardo una vaga idea de lo que ocurría en el que yo me hallaba cuando la puerta se vino abajo, entre gritos y humo. Ojalá pudiera decir que estaba allí en contra de mi voluntad. En realidad, por aquel entonces mi voluntad ni siquiera se hallaba en algún lugar donde pudiera ser encontrada. Pasaba las horas entre nubes de algodón y caleidoscopios de colores, puesta hasta las cejas. Supongo que no se me ocurrió ninguna otra forma de sobrevivir a aquello. No recuerdo que la posibilidad de poner fin a mi vida se molestara siquiera en dejarse caer por semejante agujero. Claro que apenas recuerdo gran cosa. Tal vez las drogas no fueran elección mía después de todo. Mi dulce madre vendió mi virginidad por cuatro duros, una botella de ginebra y unos pocos gramos. Y continuó haciéndolo después. Por lo visto, las preferían jóvenes por aquel entonces. La primera vez que me drogué, debí de robarle la mercancía a mi madre. O tal vez fuera el regalo de algún cliente especialmente agradecido. O el pago. A lo mejor no fui yo, sino mi madre, intentando mantener a su vaca lechera bajo control, sumisa y cooperadora. Imagino que debería estarle agradecida. No sé si habría logrado convivir con más recuerdos de aquella época de los que ya guardo. Recuerdo que aún no me había venido el periodo cuando

aquel primer hombre me robó la virginidad. Y la inocencia. Cualquier posibilidad de ser feliz. Recuerdo lo terrible que fue, lo mal que me hizo sentir conmigo misma aquel degenerado. Recuerdo que no volví a enfrentarme a mi mirada en un espejo. El día en que Bruno y sus compañeros me encontraron se pierde entre la confusión de formas y colores que vino después de aquella primera vez, y que conformó mis días y mis noches durante los siguientes años. Si me preguntaran qué demonios vio Bruno en mí no sabría qué responder. Jamás me atreví a preguntárselo, por miedo a descubrir que lo que atisbó en mi interior nunca llegó a materializarse, a existir.

Alcé mis dedos y sus yemas acariciaron el cristal que protegía el título de policía de Bruno. Había sido un hombre decente. Decente de verdad. Siempre siguiendo a rajatabla esos principios suyos, acatando las normas, respetando la autoridad, y a las personas. Se dejó caer por el centro de acogida con no sé qué excusa de mi declaración, y siguió visitándome después, con regularidad, el intervalo entre las visitas acortándose conforme pasaban las semanas, y los meses. Ninguna familia quería acoger a alguien como yo. Demasiado mayor. Demasiado difícil. Demasiado problemática. No que yo estuviera deseando largarme cuanto antes. El centro era un caramelo de fresa comparado con mi vida anterior. Incluso bajo la ansiedad del mono, aquellas paredes desnudas y bandejas de comida de acero inoxidable se me antojaban un lujo. De hecho, adaptarme a vivir con Bruno me costó muchísimo más. Me llevó años. No estaba acostumbrada a que alguien se preocupara por mí. No sabía dejarme querer. Y descubrir

que otra persona me importaba me provocaba terror. Hice muchas estupideces y dije muchas barbaridades antes de cogerle el pulso a aquello de *vivir*. Las manifestaciones emocionales no habían sido el fuerte de ninguno de los dos, pero nunca dudé de que me quería. A pesar de no habérselo dicho nunca, de haberlo intentado en incontables ocasiones para terminar cerrando la boca y dando media vuelta, espero que él supiera que yo también le quería.

Dejé caer mi mano contra mi costado y me dirigí hacia la mesa, sentándome en el sillón de Bruno. Presté atención a lo que mis ojos veían, lo que quedaba al alcance, de fácil y rápido acceso. Probablemente, los documentos que más recientemente y con más asiduidad había estudiado y consultado. En su cama de hospital, su cuerpo una mera sombra del hombre fuerte y corpulento que un día fue, perdida ahora la batalla contra ese poderoso enemigo que llaman cáncer, su mano apenas sí se movió para indicarme que me acercara.

—El caso —me instó entre susurros, sus labios agrietados y reseco—. Prométeme que te ocuparás de él. Sé que puedes hacerlo. Lo resolverás.

—Lo resolveremos. Juntos. Cuando salgas de aquí...

—No —escupió entre toses y furiosos gestos de cabeza, de frustración e impotencia—. Prométemelo. Ahora.

Minutos después, sus ojos miraban los paneles de escayola sin verlos, vacíos en sus cuencas. Sus mejillas hundidas. Sus labios sin vida ni color, entreabiertos. Y yo sin la única persona a la que había dejado entrar. Con la sola compañía de una promesa pendiente. Jamás me había

pedido nada. Maldita fuera yo si no lograba hacer realidad su última voluntad.

Me pasé la lengua por los labios, tendí la mano y empecé con la primera carpeta del montón que descansaba en la esquina. *El caso* llevaba años atormentándole, durante sus horas de sueño y también las de vigilia. Si cada brizna de información que había podido reunir no estaba sobre aquella mesa, descansaría dentro de sus cajones. O en el suelo, al pie del escritorio. Pero estaría cerca, y estaría a mano. Entre los polis involucrados y los medios, se lo había conocido como *el caso de la comecocos*. El asesinato de una psicóloga y su hija de ocho años. El marido había muerto años atrás, cuando las gemelas venían de cumplir los dos años, de un ataque al corazón durante un partido de squash. La familia vivía en una urbanización acomodada de la parte norte de Madrid. Parcela de dos mil metros con piscina, casa de quinientos con una cocina en la que podría meterse todo mi apartamento a juzgar por las fotos, chimenea en el salón y un cuarto de juegos que pasaría sin problemas por el noveno parque de Disneyland. La semana previa había transcurrido como todas las demás, sin incidentes dignos de mención. Las niñas no habían faltado al colegio, ni a sus actividades extraescolares. La madre no había cancelado cita alguna, ni registrado altercado, de gravedad o no, en sus notas. La tarde del viernes la habían pasado en la bolera, invitadas al cumpleaños de una compañera de clase. El sábado habían bajado a comer a la ciudad, con la hermana de ella. El domingo iban a pasarlo en casa, en familia. Grandes planes para un último fin de semana. A primera hora del lunes, un lunes como cualquier

otro, lo que le esperaba a la señora de la limpieza tras aquella puerta de roble macizo no era en absoluto lo que cualquier otro. La pobre señora encontró a la psicóloga y a una de las niñas abiertas en canal, tiradas de cualquier forma en el cuarto de la niña. La hora de la muerte se estableció entre las nueve y las once de la noche del sábado. Arma del crimen, un cuchillo bien grande y bien afilado. Probablemente el que encajaba en el único hueco vacío del taco de madera que descansaba plácidamente sobre la encimera de la cocina. De la otra niña, ni rastro. Conforme pasaron las horas, se descubrieron pequeñas señales en el jardín que apuntaban a que la niña había escapado a pie, corriendo todo lo que sus cortas piernas daban de sí, sin duda. A la respuesta de si lo había logrado habría que esperar un día entero. Finalmente uno de los equipos de rescate tropezó con ella. Acurrucada en el suelo, hecha un ovillo, sin duda procurando impedir que el poco calor que generaba su cuerpecillo escapara sin más. Mierda, lo más seguro es que casi la pisaran antes de darse cuenta de que estaba allí. La encontraron a unos buenos siete kilómetros de la casa, al otro lado del río. Eso, y el mal tiempo encima de eso, explicaba que los perros no hubieran podido seguir el rastro. Demonios, ni siquiera habían llegado a encontrarlo. Aquella chica era dura, eso seguro. Le llevó tres días recuperar la consciencia, y una semana más que los médicos le dieran el alta. Hipotermia, heridas varias, una pequeña fisura en la muñeca, peor suerte para dos de sus costillas, fracturadas, una tercera solo magullada. Su salud mental, eso era harina de otro costal. En todos los días que permaneció en el hospital las únicas ocasiones en que abrió

la boca fueron las horas de comida. Y ningún sonido salió de ella. Los médicos ni siquiera estaban seguros de que entendiera lo que se le decía.

La tía se hizo cargo de ella, y ambas desaparecieron de la faz de la Tierra. Nadie podría culparles. Con una historia como aquella, resulta difícil pasar página y seguir adelante. El interés que despierta demasiado intenso y malsano, los recuerdos demasiado horribles y pesados. Te lastran hasta el fondo cuando ni siquiera te habías dado cuenta que lo que te rodea es agua. En cualquier caso, nadie fue capaz de arrancarle una palabra a la niña acerca de aquella noche. Ni de ninguna otra. La tía no echó en falta nada de valor en la casa. Tenía coartada para esa noche e insistió en que su hermana no se veía con nadie, ni tan siquiera un proyecto de. Había estado locamente enamorada de su marido. No había superado su pérdida, ni planeaba hacerlo. Los cuerpos de las víctimas no mostraban señales de abusos. Se consiguió una orden para examinar los expedientes de sus pacientes, los únicos posibles sospechosos que quedaban. Tampoco ahí encontraron nada. La mayoría de ellos titubearía antes de matar una mosca. Amas de casa de los nervios, irrazonables adolescentes empeñándose en mirarlo todo desde su propia perspectiva. Hijos rebeldes desesperados por desmarcarse de sus tan previsibles como tediosos padres. Una niña, mujer únicamente según la biología, anoréxica desesperada por llamar la atención. Un chaval deprimido por el divorcio de sus padres. Probablemente, el más aburrido de los casos, junto con el variopinto repertorio de ejecutivos estresados. Otro más que estrenaba puesto en una importante multinacional, con un

igual de importante, en absoluto reciente salvo por la dimensión de su importancia, pánico a los aviones. Y un respetable padre de familia desgarrado por ciertas... *necesidades* sexuales que su perfectamente compuesta esposa no alcanzaría a imaginar siquiera, así le pintaran mapa e instrucciones en una hoja y a todo color.

A falta de cualquier otro indicio que seguir, el caso fue correspondientemente archivado y diligentemente olvidado, reemplazado por nuevas y morbosas desgracias. Dejado atrás por todos salvo por un joven y serio agente de policía, recientemente ascendido a inspector. Su esposa había muerto hacía menos de dos años, de esclerosis múltiple. Había sido la perfecta enferma, jamás perdiendo la compostura ni la sonrisa, ni tan siquiera al final del todo. A él le había costado mucho más aceptar el diagnóstico. Hasta que su mujer le obligó a mantener unas charlas con cierta psicóloga. Una amiga del colegio, agradable y buena persona. Era eso o una patada en el culo. Aquella mujer le salvó de tirar por el retrete el poco tiempo que le quedaba junto al amor de su vida. Nunca habría podido agradecerse lo suficiente. En cambio, tuvo que contemplar su cuerpo rígido y sin vida, y el de su hija pequeña, bañados ambos en sangre hacía horas, días incluso, coagulada. Enterrar el expediente de su homicidio en una caja de cartón y a esta en un sótano oscuro no resultaba aceptable. Bajo ningún concepto. Los años pasaron y este serio policía continuó haciendo su trabajo. Subió en el escalafón, resolvió montones de casos, y se vio obligado a archivar otros tantos. Ninguno de los cuales olvidaría. El primero menos que ninguno. Continuó trabajando, sí, pero también

continuó investigando el caso de la comeccocos, en sus ratos libres. Releyendo informes. Siguiendo la pista a todos los alguna vez considerados sospechosos y a los que ni siquiera habían conseguido entrar en la lista. Información que habría de analizar y estudiar ahora yo, en busca del detalle inadvertido, enfocándolo todo desde una nueva perspectiva. Nada de todo aquello era nuevo para mí. En algún momento u otro del pasado, Bruno y yo habíamos repasado juntos cada retazo de información. Había llegado el momento de hacerlo sola, de hacerlo de verdad, con ganas, poniendo mi corazón en ello.

Debía de llevar un par de horas quemándome las pestañas cuando mi móvil cobró vida en las profundidades del bolsillo de mi cazadora.

– Hernández —respondí, mis ojos sin apartarse en ningún momento del informe forense que estaban leyendo.

– Soy Muñoz. Ya tengo la información que me pediste. No sabía si te pasarías por la comisaría antes de largarte, así que te la he dejado en tu apartamento.

– Gracias. Te debo una.

– Una enorme. Como Kachatryan se entere de esto soy hombre muerto.

– Deja de preocuparte tanto, Muñoz. No lo hará. Va a salirte una úlcera como sigas así. Espera y verás.

– Sí, ya —murmuró entre dientes. En realidad, que le saliera una úlcera no era una posibilidad, sino una certeza, aunque no porque el tipo fuera un manojo de nervios, que también. Su nueva mujer era una preciosidad, en serio. Tenía una cara tan delicada y perfecta que parecía una de esas muñecas de porcelana. Pero sus habilidades en la

cocina... hacían que las pizzas frías que siempre había por la comisaría parecieran hasta apetitosas.

– Te dejo. Ya hablamos.

– ¡Hernández! —oí que me llamaba de casualidad, mi móvil a mitad de camino de vuelta a mi bolsillo.

– ¿Qué?

– Ah, oye, escucha. Sé que querías mucho al viejo y todo eso. Pero te estás metiendo en un buen lío. Lo sabes, ¿no? Como te pillen...

– Ya lo hemos hablado. Voy a hacerlo y punto. ¿Queda claro? —escupí, mis piernas tensándose furiosas, poniéndome en pie en un segundo, moviéndose por el abarrotado despacho en un intento de quemar energía—. Me da igual lo que digas tú, lo que diga el comisario y el resto del puto cuerpo. ¿Qué van a hacer, acabar con mi carrera? No tendría una de no ser por él.

– Lo sé, lo sé. Solo digo que tal vez esta no sea la forma de hacerlo. Podríamos intentar reabrir el caso, hablarlo con Kachatryan, a ver si...

– ¿Y qué te hace pensar que nos harían más caso del que le hicieron a Bruno? —dije, mi voz destilando veneno y amargura.

– Tienes razón —concedió, su voz subiendo de tono a la par que su enfado—. Probablemente no nos lo harían. Pero ¿sabes qué? Que esto no es lo que el viejo habría querido. No así.

– ¿Y tú qué coño sabes? Tú no le viste dedicar le hora tras hora al caso, todo su tiempo libre. El sentimiento de culpa por no haberlo resuelto le devoraba por dentro. Y cuando se enteró de que iba a morir sin haberlo logrado... —

aquello le llevó al borde del abismo. Pasó cada minuto de cada hora atormentado por la culpa. Apenas podía tenerse en pie y sin embargo una de estas carpetas estaría entre sus manos, las letras borrosas ante sus enrojecidos ojos. De pronto me di cuenta de que estaba dejándome llevar por el resentimiento, cuando Muñoz no tenía culpa de nada. Inspiré profundamente, relajé los hombros e intenté controlar el tono—. Mira, puede que tengas razón. Puede que Bruno no aprobara mis métodos. Puede que considerara que conseguir atrapar al asesino no justifica poner en peligro una vida. Pero eso ya no podemos saberlo, ¿verdad?

– Ah...

– Me guste o no, él ya no está y soy yo la que decide si merece o no merece la pena. Es mi decisión, y mi carrera, y apechugaré con las consecuencias cuando vengan. Sean las que sean.

– Pero...

– Ya basta de peros. Estoy harta de hablar del tema. Está decidido y punto. Gracias por dejar eso en mi apartamento.

Colgué sin darle tiempo a replicar. En el fondo, Muñoz era un buen tío. Solo que siempre andaba preocupándose por todo. Que si las normas decían que había que hacer esto así o asá, que si los informes había que redactarlos a doble espacio y sin abreviaciones ni motes, que si nos habíamos tomado tres minutos de más en el descanso del café... Uf, a veces me preguntaba si Kachatryan no habría tenido algo que ver en aquello, en juntarnos a él y a mí. Para tenerme controlada. Funcionaba, eso no podía negárselo. Muñoz era mi Pepito Grillo particular, la cojonera voz de mi conciencia.

No siempre le hacía caso, pero sí de vez en cuando. Supongo que me había salvado de rebozarme en la mierda en más de una ocasión. Pero esta no era una de esas ocasiones. No cambiaría de opinión. Pensaba atrapar al asesino, muerto mejor que vivo, y si tenía que poner en peligro mi vida o la de otra persona para lograrlo, lo pondría a la cola en la columna de *pequeño precio a pagar*. Hubo un tiempo en que habría estado de acuerdo con Muñoz en eso de que Bruno no lo habría aprobado, un tiempo en que tal vez habría vacilado, imaginándomelo revolviéndose en su tumba ante la sola idea de que yo lo estuviera siquiera considerando, de que fuera a probarme capaz de hacer algo así. Ahora, en cambio... Después de haber sido testigo de su desesperación y su obsesión, de haber visto cómo los remordimientos y la culpa le devoraban por dentro con una voracidad que nada tenía que envidiar a la del cáncer, ahora ya no estaba tan segura. Cuando la muerte no se presenta imprevista y súbita sino que opta por el desgaste, nuestros frágiles principios y creencias, esos mismos que tan sólidos creíamos, pronto se vienen abajo. Pocos aguantan en pie. Afortunadamente para su alma, supongo, Bruno no tuvo la oportunidad de pasar por encima de los restos de los suyos. Lo haría yo por él. Al fin y al cabo, mi sentido de lo correcto y lo incorrecto siempre había sido bastante más flexible que el suyo, y que el de Muñoz. No era la primera vez que no coincidía del todo con el manual. No sería la última.

Devolví el móvil a mi bolsillo y pasé el resto de la mañana despejando el despacho, llenando cajas con libros aburridísimos y trofeos deportivos que yo había conseguido de pequeña, con fotos y recortes de periódico enmarcados,

suyos y míos. Para cuando mis tripas empezaron a sonar, reclamando el almuerzo, todo lo que quedaba de Bruno descansaba dentro de cajas cerradas a cal y canto con cinta americana, salvo por hasta el último papel que había logrado encontrar sobre el caso. Estos no terminarían en mi oscuro trastero, junto con el resto de las cajas. Estaban a punto de salir de viaje. Destino, un diminuto pueblo perdido de la mano de Dios. Duración de nuestra estancia en él, joder, esperaba que no mucha. Motivo del viaje... ¿justicia?

Dejé que la puerta se cerrara a mis espaldas mientras mis ojos se adaptaban a la penumbra. El local resultaba tan patético como el resto del pueblo. Listones de madera sin barnizar en el suelo. Mesa de billar al fondo a la derecha, subiendo unos escalones. Mesas redondas con huellas de hacía tiempo desaparecidas jarras de cerveza indelebles por siempre jamás en sus castigados tableros. Sillas de madera oscura y barrotes por respaldo, a juego con las mesas. Barra también de madera, menuda sorpresa, a la izquierda. Jarras y copas colgaban suspendidos por encima de ella. Cuencos de cacahuetes salpicaban su probablemente sospechosamente pegajosa superficie aquí y allá. Afortunadamente, sin duda, aquella noche el hilo musical había cedido el puesto al partido de fútbol que unos pocos clientes veían botellín en mano, desde sus sillas, alternando los típicos apuntes de sabiduría masculina con ocasionales lamentos y gritos de *¡vamos!*, *¡venga!*, *¿es que estás ciego?* y *¡uy, por qué poco!*

Todos los allí presentes sin excepción, incluidos los dos tipos del billar, levantaron la cabeza para echar un vistazo al

recién llegado. Algunos murmuraron un *hola*, los demás se limitaron a inclinar más o menos imperceptiblemente sus botellines en mi dirección, a modo de saludo. Devolví las cortesías con un leve asentimiento de cabeza y la más tenue de las sonrisas. Ni por asomo me apetecía dar pie a que alguno de ellos se me acercara. Llevaba horas conduciendo bajo la tormenta, tan oscuro que bien habría podido ser plena noche, y el puto viento no había dejado de sacudir el coche como un niño con noche de Halloween sobredosis de azúcar su sonajero. Hubo un momento en que creí que la velocidad máxima de los limpia no sería suficiente para achicar tanta agua. Por dos veces había cogido la salida equivocada. Para qué molestarse en señalizarlas con carteles. Yo debía de ser el primer visitante que tenían en lo que iba de siglo. Solo por si aún quedaba una pizca de buen humor en mí, la habitación había estado congelada. Por lo visto el hotel, si es que podía llamarse así, no tenía calefacción central, y a la urraca que atendía el mostrador de recepción no se le había ocurrido encender la chimenea antes de que yo llegara.

– Qué cosas dice, querida —había sido su réplica a mi sarcástico comentario al respecto—. No resulta prudente dejar un fuego encendido sin nadie en la habitación para vigilarlo. Podría ocurrir una desgracia, Dios no lo quiera —apuntilló santiguándose—, y convertirse todo el hotel en pasto de las llamas. ¡Qué tragedia! No sería difícil que se extendiera al resto del pueblo.

¡Dios no lo quisiera! ¡Lo que se habría perdido el mundo!

En resumen, que estaba cansada como un perro y helada hasta los huesos. Como un perro callejero moscovita

en pleno invierno. En una ola de frío. Polar. No necesitaba que uno de esos paletos empezara a soltarme frase manida tras otra. Lo que necesitaba era un buen trago de whisky. Y otro después de ese. Me acerqué a la barra e hice un gesto al camarero. Cuando este alzó una ceja, a la distancia, le pedí un vaso de whisky. Solo. Sin hielo. Doble, fuera cual fuera la cantidad de alcohol que sirvieran por aquí. El tipo colocó un vaso aparentemente limpio delante de mí y lo llenó hasta la mitad. Podría haber seguido hasta que el whisky rebosara y no me habría dado ni cuenta, mi atención puesta más allá de mi vaso. Mmm. El tipo no estaba nada mal. Compensaba la rusticidad de aquel antro, eso seguro. Llevaba la camisa arremangada por debajo del codo, lo suficiente para dejar al descubierto unos antebrazos más que prometedores, músculos y venas perfectamente delineados contra su piel. El tipo me dio la espalda para volver a colocar la botella en su sitio. Y menuda espalda. Hombros anchos, cintura estrecha. Juraría que por el cuello de su camisa asomaba el principio de un tatuaje. Llevaba el pelo demasiado corto para mi gusto, pero tenía que admitir que no le quedaba mal. Buenos huesos, supongo. Igual me había equivocado. Tal vez sí que hubiera algo que hacer en aquel pueblo después de todo.

— ¿Cómo van? — pregunté. No podía importarme menos el partido.

— Ni idea. Tendrás que preguntárselo a uno de ellos — contestó, tras alzar la mirada en mi dirección apenas un segundo.

No podía decirse que el tío fuera el místico *Congeniality* del pueblo. Bueno, tampoco es que a mí me interesara por

sus dotes oratorias precisamente. Al menos no las que requerían de cortesía y buenos modales.

– ¿Eres de por aquí? —intenté de nuevo.

– No —. Esta vez ni se molestó en volver la cabeza en mi dirección.

Vaaale. Nada de conversación gratuita. El tipo no era un hablador.

– Hey, Speed. Nos tienes secos aquí —gritó uno de los tíos sentados a las mesas, el de la camisa de leñador y la gorra roja.

Speed salió de detrás de la barra con un par de botellines en la mano, y yo aproveché para echar un vistazo al Speed completo, de pies a cabeza. Y a su culo. Un mmm más largo esta vez. Vaqueros desgastados, caídos de cintura, y abultados exactamente donde se suponía debían estarlo. Tal vez no fuera muy hablador, pero espera que sí fuera un tío de acción. Cuando regresó tras la barra le pedí un *refill*. Sonreí, él apenas me miró, y todos seguimos a lo nuestro. No pasaba nada. Tampoco era conversación lo que yo buscaba.

Una hora y pico después el partido había terminado y los acólitos empezaban a despejar el garito, entre palmadas a la espalda y risotadas. Ninguno pareció hacer amago de quedarse un rato más. No fuera a ser que la parienta empezara a impacientarse. Esta vez, los gestos de botella en mi dirección fueron sustituidos con dedos a la cabeza y/o gorra. Volví a recurrir al leve asentimiento de cabeza, ensanchando el asomo de sonrisa un poco más esta vez. Después de todo, llevaba tres whiskies dobles y unas cuantas jugosas, y con suerte a punto de convertirse en

realidad, imágenes en mi cabeza. Podía derrochar un poco de amabilidad.

Ya habían desalojado todos cuando me puse en pie y apuré lo que quedaba de whisky en mi vaso.

– ¿Hora de cerrar? —dije, una observación más que una pregunta, aprovechando que se encontraba al otro lado de la barra para inclinarme sobre esta y ofrecer así una buena perspectiva de mi escote.

– Uh-huh.

– No llevo mucho en el pueblo, pero diría que la gente de por aquí no sabe lo que es pasar un buen rato.

El tipo se encogió de hombros.

– Se me había ocurrido que tal vez tú sí que sabrías cómo divertirme —dije, en mi tono más *femme fatale*, casi un susurro ronco. Un ronroneo me gustaba pensar.

Esta vez Speed se limitó a clavar sus ojos en los míos. Y esos ojos daban un poco de miedo, la verdad. Tenían toda la pinta de saber *demasiado* acerca de cómo divertirse. No querías jugar con el dueño de esos ojos. No fuera a ser que no te gustara lo que se escondía tras ellos. Si antes me había apetecido divertirme un poco con aquel tío, ahora nada iba a impedirme hacerlo. A ver de qué estaba hecho.

– Yo tengo un par de ideas que podríamos probar, si es que a ti no se te ocurre ninguna —propuse, pasándome la lengua por el labio.

– No me interesa. Lo siento.

Y sin más, se dio la vuelta y dejó caer los botellines vacíos que sus manos habían estado sosteniendo dentro del cubo, entrechocando unos con otros, y con los que ya había ahí abajo. Me encogí de hombros, recogí mi abrigo del

respaldo del banquetín y saqué un billete de cinco del bolsillo.

– Que tengas dulces sueños —dije al aire, mis piernas dirigiéndose ya hacia la puerta, mis brazos embutiéndose dentro de la cazadora de piel.

Menos de media hora después Speed aparecía por la puerta. Todo apagado al otro lado de ella. Y supuse que recogido. Oí cómo echaba la llave mientras mis pasos cruzaban sigilosos la calle, acercándome a él. Apenas había sacado la llave de la cerradura cuando mi mano ya bajaba por su espalda, mis labios rozando su cuello.

– Vas a tener que compensarme por el rato que he pasado aquí fuera, esperándote. Hace un frío que pela — observé innecesariamente, nuestras respiraciones humo blanco en mitad de la oscuridad de la noche.

– Oye, ¿se puede saber cuál es tu problema? —preguntó bastante enfadado, dándose media vuelta, nuestras caras a escasos centímetros una de otra—. Ya te he dicho que no estoy interesado.

– Unh. Pero es que yo sí lo estoy. Y mucho. Creí que tal vez habrías cambiado de opinión.

Mi mano, que había caído suelta al volverse él, había subido de nuevo y ahora se paseaba con lentitud sobre su pecho, bajando poco a poco.

– No te arrepentirás —añadí.

Speed abrió la boca para esbozar alguna réplica aún más cortante que las anteriores, seguro, pero en ese momento mi mano se coló por dentro de sus vaqueros. Y allí acabó la conversación. Pude ver cómo sus ojos se

oscurecían, y cualquier respuesta tomando forma en su cabeza se evaporó. Puf.

La mañana siguiente amaneció pasada por agua, para variar. No parecía que fuera nunca a salir el sol en aquel maldito rincón del mundo. Me giré sobre mi costado dando la espalda a la ventana y a la escasa luz que por ella entraba. Cerré los ojos. Mmm. La habitación no podía ser más sencilla, pero la cama era fantástica. Una pena no haber conseguido convencer a Speed de que se metiera conmigo en ella. Aunque no me quejaba. El polvo del coche había estado más que bien. El tío sabía lo que se hacía, eso había quedado claro. Menudas manos. Y menudo cuerpo. El look de tipo peligroso que prometía vestido no desmerecía en absoluto con la ropa fuera de escena, daba fe de ello. Había sido rápido, intenso, apasionado, violento. Una sonrisa asomó a mis labios. De pronto, la perspectiva de estar atrapada en aquel pueblucho empezaba a no carecer de atractivo. No sé, el tío tenía algo. Tal vez fuera la forma en que callaba, en que no hablaba de sí mismo. Y había mucho que decir al respecto, seguro. O tal vez fuera el modo en que me había follado. Ese respeto que no había podido evitar que asomara a pesar de la impaciencia y la brusquedad. A lo último estaba de sobra acostumbrada. No era sino lo que yo misma buscaba en todos esos tíos a los que escogía en bares y demás antros. A lo primero, en cambio...

Lancé la funda nórdica por los aires y me puse en pie decidida. Como siguiera así, dentro de poco me vería convertida en la querida sheriff de aquella nuestra

entrañable comunidad. Sacudiendo la cabeza me metí en el baño, y en la ducha. Un poco de agua fría no me vendría mal. Aún me quedaba todo el día por delante. Quería acercarme a echar un vistazo a la casa, para hacerme una idea de los alrededores. Y todavía no había tenido tiempo de revisar la información que me había conseguido Muñoz.